

Un corrido silencioso:

El corrido de Dante, de Eduardo González Viaña

Marcos Moscoso

Es a raíz de las grandes transformaciones sufridas por la sociedad en las últimas décadas, sobre todo en el ámbito de la tecnología, que términos como *globalización* o *Tratado de Libre Comercio* están muy presentes. Sin embargo, estos conceptos están muy vinculados a conceptos político-económicos. Las grandes potencias parecen privilegiar sólo los flujos de bienes y capitales y cierran sus fronteras a un fenómeno que tiene orígenes milenarios, la migración, tema recurrente en Eduardo González Viaña, nuestro autor, quien afirma: «La migración es una consecuencia natural de la globalización que ha creado una nueva división internacional del trabajo. Si no llegaran los hombres del sur, este país gigantesco se detendría. Así lo saben los políticos y los empresarios de aquí. Solamente los racistas empecinados se oponen, pero lamentablemente son ellos los que mueven este país».

El corrido de Dante se sitúa en este contexto y se centra en la problemática social del migrante, quien tiene que dejar su país, su familia y sus amigos por el sueño de una economía mejor con la esperanza del retorno, que muchas veces no se produce, sino con la muerte.

Para Bajtín, la creación de una novela no es un acto individual, sino producto del sujeto en relación con otros sujetos, entonces, no hay obra sin el *otro*. Por ello, *El corrido de Dante* se constituye como una novela que está en constante diálogo con la sociedad.

Eduardo Gonzales Viaña nació en Chepén, La Libertad (Perú). Su infancia y adolescencia transcurrieron en el puerto de Pacasmayo. Estudió derecho y realizó sus estudios doctorales de Literatura en la Universidad de Trujillo. Asimismo, se especializó en Lingüística y Literatura en España y en etnología en L'école des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Además, el periodismo fue una actividad practicada todo el tiempo. Desde la década del 90, González Viaña reside en los Estados Unidos trabajando como catedrático en las universidades de Berkeley y de Oregon. Igualmente, es importante destacar que se ubica entre los escritores peruanos más exitosos que radican en el extranjero. Entre sus variados galardones que ha recibido figuran: el Premio Nacional de Cultura 1972 (Perú), Premio Internacional Juan Rulfo de 1999, Premio Latino de Literatura de 2000 (EE. UU.), y el Premio Internacional Latino de Novela, en la Reunión Anual del Libro Latino, (EE. UU.) con la novela *El corrido de Dante*.

A propósito del último premio, Ricardo Gonzáles Vigil menciona de la obra: «El corrido de Dante es un representante valioso, con voz propia, del realismo maravilloso latinoamericano, en su caso enriquecido con cierta dosis de literatura fantástica y discurso onírico, impregnado de poesía y condimentado con humor e ironía solidaria».

El autor utiliza la cultura popular como material narrativo y son la imagen del burro, la risa y lo material corporal elementos importantes dentro de la novela, la cual se inicia con la llegada del burro rengo llamado Virgilio a la fiesta de 15 años que Dante Celestino festeja a su hija Emma junto a los inmigrantes más destacados de los Estados Unidos. Un año antes, Dante había prometido a su esposa moribunda Beatriz que celebraría ese gran acontecimiento. Es así como en Mount Angel, pequeña ciudad del estado de Oregon (EE. UU.), se celebra una fiesta con toda la fastuosidad y estridencia de una fiesta mexicana: fuegos artificiales y corridos mexicanos (forma musical y literaria popular del área cultural mestiza mexicana, derivado a lo largo del siglo XVIII del romance español). Adviértase lo importante de las fiestas dentro de la cultura popular mexicana, basadas en la activa participación de los asistentes. En plena fiesta, se presenta el novio de Emma junto a sus amigos pandilleros montados en sus motocicletas Lows riders, entonces, ella decide fugar con ellos. Ahí se produce la tensión de la novela, el único consuelo que tiene Dante Celestino es la carta que le dejó su hija, quien le dice que no se siente parte de todo lo que él le ofrece y que no vaya a buscarla porque no volverá. «Papá no me busques. No tienes derecho [...]. Dad, tu eres casi un analfabeto, y no puedes ofrecerme un futuro que tú mismo no tienes. ¿Te das cuenta que ni siquiera puedes leer esta carta de corrido que tendrás que pedir a alguien que lo haga por ti?».

Dante Celestino, acompañado por su burro rengo, decide ir a rescatar a su hija, en su camioneta Van, a pesar de no encontrar apoyo en ningún familiar ni en amigos ni siquiera en los policías quienes lo desaniman diciendo: «Es común en este país que una chica de 15 años se vaya a vivir con su novio».

Dante Celestino falla en su primera salida. Luego de un tiempo decide retomar la búsqueda, esta vez en un camión que él mismo reparó, siempre acompañado de Virgilio, su fiel compañero. En el trayecto se encuentra con personajes fascinantes como Carmen Silva y Patricia León, quienes combaten la tristeza y la falta de trabajo con la risa. Obsérvese que para Mijail Bajtín la risa en la cultura popular es significativa porque implica la superación del miedo. La risa es expresión de fuerza y fecundidad. Entonces, en el capítulo «El llorar sin reír hace mal», el poder renovador que ejerce la risa libera a Carmen Silva y a Patricia León del miedo por la falta de trabajo y de la tristeza del pasado. Es tanto el poder que ejerce la risa de estos personajes que contagian a Dante Celestino y al mismísimo Virgilio. «Nos reímos de todo lo malo, y nos reímos hasta llorar. Patricia a veces quiere regresarse a Guadalajara, pero yo le digo que si hemos llegado hasta aquí debe ser por algo, y se lo digo riendo porque, como le repito, el llorar sin reír hace mucho mal».

La búsqueda se convierte en un encuentro con el pasado, y a través de las historias que Dante va contando a Virgilio, podemos enterarnos de todas las peripecias que cada uno pasó antes de cruzar la frontera. No deja de ser revelador el carácter ambivalente de la escena en la que Beatriz logra traspasar la frontera por un túnel luego de diez años de haberlo cruzado Dante. Beatriz sigue por el túnel al señor Sinaloa, y éste, debido a su obesidad tiene que cruzar con las nalgas por delante. «Muy bien, muy bien, con la cabeza para acá para que recuerde su pasado, para que jamás olvide su tierra. Con el culo por delante porque trae buena suerte». Siguiendo a Bajtín lo denigrante y corporal, el trasero del señor Sinaloa, está en contraposición de la renovación que supone la nueva vida que se alcanzará al cruzar la frontera.

El autor utiliza la imagen del burro como uno de los personajes principales de la novela. Según Mijael Bajtín, dicho animal es uno de los símbolos más antiguos e intensos de lo inferior material y corporal. Bastaría recordar la fiesta del asno, la misa del burro que se celebraba la cultura medieval. «Cada parte de la misa era seguida por un cómico ¡hi ha! Al final del oficio, el sacerdote, a modo de bendición, rebuznaba tres veces, y los feligreses, en lugar de contestar con un amén, rebuznaban —a su vez— tres veces». Recordemos en la literatura a Apuleyo y su Asno de oro, y la figura del asno símbolo de lo material y corporal;

en las leyendas de San Francisco de Asís y en la literatura española, *Platero y yo*. La imagen del burro está cargada de un doble sentido: el carácter degradante en relación con la muerte del pasado y el carácter positivo y regenerador.

Es significativo cómo en la novela, el nombre del burro, símbolo de lo material y corporal lleve el nombre de Virgilio, en referencia al poeta romano que acompaña a Dante a través del infierno y el purgatorio. Al comenzar la novela, Virgilio es presentado como un burro triste y mal herido, vagabundo y desvalido, pero que sabe leer, está familiarizado con la conducta del ser humano y es capaz de llegar a la misma conclusión filosófica que Descartes: «Pienso es la palabra más agradable del idioma, tal vez se dijo Virgilio y agrandó los ojos, sus enormes orejas se erizaron y pudo formular su primera frase completa “Pienso... pienso... luego existo”».

Virgilio es un burro personificado, pues sabe leer y está presente en todos los acontecimientos importantes de la vida de Dante Celestino: la fiesta de 15 años de su hija Emmita, en el largo trayecto que realiza Dante para buscar a su hija, cuando Dante se convierte en músico y Virgilio es parte de la banda, y finalmente cuando logra rescatar de la muerte a Emmita. Se hace evidente este doble carácter degradante y regenerador de la imagen del burro, cuando uno de los personajes dice: el burro está cerca de Dios, su rebusno es como una campana.

Con el discurso del narrador omnisciente, que acompaña cada uno de las escenas de la novela, destaca el ritmo y el uso correcto de las palabras, las escenas transcurren arropadas por el lenguaje poético del narrador.

Los discursos que manifiestan los personajes muestran las visiones del mundo que compiten dialécticamente en un tiempo y una sociedad determinada.

Los personajes pertenecen a los niveles populares, en su mayoría inmigrantes mexicanos que cruzaron la frontera de manera ilegal en busca del gran sueño: obtener la *green card* «que supone la legalidad ansiada de los inmigrantes». Las penas de los personajes están vinculadas a la soledad producida por la lejanía de sus lugares de origen, y la única manera que tienen para superar la soledad —que recorre la novela inevitablemente— es a través del recuerdo, la risa, los corridos y la esperanza de que algún día podrán hacerse legales para así poder retornar. Los grandes temas presentes en la novela son el amor, la fidelidad y la esperanza; en contraposición al racismo, abuso e incompreensión de los no migrantes.

El mundo representado por la novela es el de lo real maravilloso. El narrador omnisciente se sitúa en el plano de lo real objetivo, desde donde narra la historia de Dante

Celestino. Dentro de la historia también hay dos tipos de narradores personajes: uno periodista, que investiga la historia de Dante Celestino, y el otro narrador, que es el mismo Dante en cuyo discurso se fusiona el plano de lo real y lo mítico.

En *El corrido de Dante*, toda la naturaleza se halla animada, y éstas actúan de manera determinada sobre los personajes, como cuando Dante y el Peregrino se dirigían a rescatar a Emmita y no podían avanzar debido al tráfico. «Decenas de miles de aves del mar y de tierra adentro se congregaron en un punto del cielo invadieron la carretera e impidieron la circulación de cualquier otro vehículo que no fuera el que conducía Dante».

En su recorrido, Dante Celestino es informado sobre distintos santos populares no reconocidos por la iglesia, como Sarita Colonia, incluso brujas como María Lionza, a quien le dedica un corrido para que le ayude a encontrar a su hija Emmita. En ese sentido, la realidad del inmigrante no es algo que pueda modificarse con la razón y el trabajo, requiere de la venia de un santo popular y de su santa voluntad. Lo sagrado y profano se iguala. En la novela, la magia y el rito son importantes para que los personajes comprendan y se interrelacionen con el mundo.

El corrido de Dante es la lucha de un pueblo por salir de la pobreza y afianzar su identidad. Cargado de un profundo lirismo, el texto nos lleva por un espacio donde la vida y la muerte, el sueño y la vigilia se funden constantemente; los muertos no lo están, las montañas tampoco; todo tiene vida y ésta es un constante canto épico, un corrido mexicano sumido en una profunda soledad. Por ello, Dante Celestino se convierte en la metáfora del eterno migrante sin documentos y haciendo referencia a *La divina comedia*, donde el amor por la amada es la que impulsa a Dante a recorrer el infierno; en *El corrido de Dante* es el amor filial el que motiva al personaje principal a recorrer medio país. En la novela, los migrantes copan inevitablemente los Estados Unidos como un corrido que se expande silenciosamente en el país del norte.

GONZÁLEZ VIAÑA, Eduardo. *El corrido de Dante*.
Houston: Arte Público Press, 2006, 312 pp.